

# Crítica de arte

## ISI CORI Y SU PANTEISMO NOSTALGICO

(A propósito de su exposición en la Sala del Pacífico)

*Isi Cori* se ha formado a través de una vocación honda, escuchando su propia voz interior, sin que dogmatismo ni encauzamiento didácticos cortaran la fluidez de un impulso nacido en tan entrañable hon-tanar.

Eso explica tal vez la mejor y la más ostensible de las virtudes que ornan su pintura.

La sinceridad.

Generada por un proceso íntimo viene a nosotros, con la pura y prístina decantación de lo que es verídico, de lo que es auténtico.

La pintura de *Isi Cori* muéstrase así y sería difícil imaginarla de otro modo. Porque—precisamente—lo otro sería lo forzado, lo que viene cabe una cierta forma o moda circunstancial o queriendo, tal vez, seguir modelos impuestos al espíritu con la urgente violencia de un magisterio.

La palabra autodidactismo ronda los puntos de la pluma. Sí. Pero no es eso cabalmente. Suele estimarse que el autodidacto existe en su forma pura, o que es

fácil hallar al creador *adánico*, sin comprender por cierto la imposibilidad de la obra venida de la nada. Todo en mayor o en menor grado vive apoyado en experiencias pretéritas o es el eco desvaído de viejas admiraciones.

La formación de Isi Cori es rigurosa. Quienes han visto sus cuadernos de apuntes, con sus investigaciones y sus estudios sistemáticos de las obras del pasado, saben del fervor puesto por el artista en su tarea. Huída del cartabón escolástico por miedo a la rigidez del molde y a la imposición de normas agostadoras de la propia individualidad.

Trabajo realizado con afanes de captar la esquiva expresión íntima de las cosas, ansioso de dominar la forma y de establecer—de consuno—una relación coherente entre los elementos morfológicos y las intuiciones creadoras del pintor.

Fidelidad, en suma, a su destino personal.

Sería excesivo decir, no obstante, que en la obra de Isi Cori no aparece lo que de una manera provisional y perentoria podríamos designar como su «aire temporal». En efecto, esta pintura denuncia el contacto con los rasgos estilísticos de su tiempo, con las inquietudes coetáneas y con ese dolorido sentir que conmueve al hombre de hoy.

Vivir frente a su mundo. O, mejor, vivir inmerso en su mundo, atento a sus finas irradiaciones. Mas, a la vez, obrar en lo sustantivo y en lo permanente de acuerdo con la esencialidad de su ser.

Si estableciéramos una línea que recorriera el campo de la pintura de uno a otro punto de sus límites extremos estilísticos, observaríamos que los polos contradictorios señalan, por un lado, el contacto con

lo musical y expresivo; por el otro, lo escultórico y táctil.

Allí lo lírico, lo esfumado, lo sugerido, lo amorfo, la vaga tenuidad, el cromatismo enjoyado de destellos coruscantes, de brillos iridiscentes. Aquí lo preciso, lo concreto, lo estructurado, la apretada morfología, lo nítido y delimitado, el color sobrio, de sombrías sonoridades, ascético, de seca indigencia.

Y si aplicamos la pintura de Isi Cori a ese esquema por nosotros trazado veríamos que encaja por modo cabal en el grupo primero. Podemos observar mutaciones en su estilo, pero hay en él una *constante*, acentuada sin duda en su período actual por alguna circunstancia extrapictórica.

Convendría distinguir dos aspectos: el espiritual y aquel que guarda relación con los factores puramente formales. La obra de calidad los amalgama y forma con ellos un todo coherente. Debemos, empero, en este caso disociarlos para comprender mejor la raíz de la pintura de Isi Cori. Y sobre todo para darnos cuenta de que la unidad—exigencia máxima en el producto artístico—se cumple aquí, al tiempo que caracteriza la peculiar manera del pintor.

Espíritu dominado por una cierta contención de los impulsos expresivos, de rica vida interior, avaro de sus sentimientos, vive con algo de irremediable melancolía. Vertido en suma hacia su propia interioridad.

Digásmolo pronto. Hay en él mucho de romántico.

Urge aclarar de todos modos que ese romanticismo no es, como el tópico se place en creer, un impulso instintivo e irrefrenable, desordenado, hacia fuera, de la fácil sentimentalidad del artista. Algo más consistente, más entrañable, más esencial, más severo también

—aunque la expresión choque—adviértese en la génesis espiritual de esta pintura.

Hay en el oculto hondón de que nace, una angustiosa búsqueda de la verdad, de la realidad del pintor. El cuadro sugiere más que dice, insinúa. Es misterioso. Es en definitiva el vehículo para expresar aquel interior paisaje anímico.

En este intento de estructuración del estilo figurativo de Isi Cori que venimos realizando débese señalar que las formas responden por entero a esa postura ideal. Hemos hablado de romanticismo y por ello mismo será preciso aclarar que lejos de caer en el hinchamiento retórico, en la elocuencia, en la crepitación del cromatismo, en las extremas delicuescencias de lo sentimental y en el lirismo ditirámbico, nos habla en voz queda.

Es un arte matizado que proyecta hacia el espectador las impresiones sutiles. Y—máximo acierto—el sistema de elementos tangibles que aquí intervienen reflejan y expresan estrictamente las vivencias más íntimas del pintor.

Se produce, por tanto, una estrecha unión de contenido y forma. Más todavía: del estímulo creador y del signo plástico representativo.

Vemos, además, que mirada desde el punto de vista de los conceptos y categorías estéticas de nuestro tiempo, la pintura de Isi Cori se acerca más a los expresionistas que a los dominios de la visualidad pura. En sus telas no se elude la esfera de lo espiritual. ¿Cómo podría serlo si la espiritualidad constituye una de sus claves? Expresa ese aspecto una realidad interior, una hipersensible captación de las formas externas miradas desde el ángulo y el sentimiento de quien las contempla. Sin renunciar a las conquistas formales

de la pintura actual, Cori nos da «su» mundo entrañable.

Aquella *constante* mencionada se afina en cierto dramatismo y en la huída de lo optimista para señalar con reiterada persistencia el estado espiritual del artista. No insiste Cori en la temática antropomórfica. Sus retratos son escasos. Pero es igual. El paisaje o las telas de flores, por los que siente dilección, reflejan siempre un «estado de alma» y son una visión humana, humanísima por su teñida melancolía y patetismo, de la naturaleza.

Cabría promover en las lindes de la escrutación estilística que venimos realizando una teoría del paisaje. Prolongaría nuestras notas. Señalemos solamente lo lejos que nos hallamos del paisaje tradicional o de lo que la gente entiende por tal. No sería difícil, empero, hallar ciertas filiaciones entre estas telas de Cori y las de los paisajistas postbarrocos. Por lejanas que se sitúen unas de otras, las visiones llenas de un cartesianismo melancólico y autumnal de Fragonard o de Watteau parecen informar en cierto modo las más amargas de nuestro pintor.

Al hacerlo Isi Cori trata—como aquellos maestros—de trascender al infinito. Adviértase, por ejemplo, de qué manera el artista lejos de ser un descriptor de la naturaleza o un analizador frío de sus elementos, lo que hace es pintarnos su alma modificada, afectada por esa realidad. Un rasgo más de su romanticismo sustancial.

No olvidemos que en él, como en los barrocos del setecientos, o en los góticos, la pintura es el vehículo para dejar sobre la tela un modo de ser, una proyección del espíritu hacia los dominios de lo intangible. Los pintores medievales, los barrocos, los románticos y

los expresionistas son ramas de un mismo tronco. Aspiran a evadirse idealmente por medio de las artes figurativas. Son Robinsones de una isla inalcanzable y misteriosa. Tanto da el hombre místico de la Alta Edad Media como la angustiada criatura existencialista de nuestros días.

Dentro de esa corriente ideal lo que importa es conseguir unas características formales que condigan con tal modo de sentir. Ser fiel a la corriente fraterna y ser—al mismo tiempo—original.

Al llegar a este punto viene a nuestro ánimo la idea de que la pintura constituye en última instancia un sistema de elementos representativos. Y por fuertes y decisivos que se muestren los aportes espirituales, al final todo eso, es decir, la fantasía creadora, las intuiciones, las vivencias, habrán de transmutarse forzosamente en elementos tangibles del cuadro. En masas coloreadas, en dibujo, en composición. En un algo, al fin, de puro carácter visual. Lo *sentido* pasa a ser *visto*.

¿Cómo pinta Cori?

En su fugaz, pero intensa carrera artística, pueden observarse dos etapas, que si bien carecen de estricta sucesión de continuidad, son, cuando se las contempla aisladas, bastante distintas.

Empezó Isi Cori utilizando una paleta clara, modelando enérgicamente con una pasta gruesa. De ese tiempo son algunas *naturalezas muertas* en las que se hace presente la preocupación de figurar con máxima eficacia plástica las calidades materiales de los objetos.

No queremos decir con ello que cayera en el realismo directo tan peculiar a los artistas bisoños. Por el contrario, en estas obras primeras, reveladoras de extraordinaria madurez técnica en el tratamiento de los

planos, en el juego tonal y hasta en el *toque*, si algo predomina es la visualidad pura de la que más tarde se habrá de apartar.

Ulteriormente aparece una vaga inclinación introspectiva. El pintor abandona la visión exterior para escrutar su propia realidad íntima.

Algunos paisajes, situados en la zona de transición, conservan las tonalidades claras, pero muestran en la unidad cromática y en el sintetismo formal ciertas aproximaciones hacia las visiones muy espiritualizadas de los expresionistas temperados.

A medida que avanza, la fuerte estructuración se atenúa. El dibujo es discernible en las vagorosas y en las neblinas imprecisas de la totalidad. La tectónica está oculta en el color. Suele aflorar fijada en algunos elementos concretos, colocados deliberadamente a impulsos de la voluntad constructiva. Unos árboles puestos simétricamente como los bastidores de un escenario coadyuvan enérgicamente a señalar la amplitud espacial. El fondo está marcado por la línea del horizonte, unas vegetaciones insinuadas o alguna construcción imprecisa.

Tienen estas obras la profundidad misteriosa y agreste de los cuadros del rococó. El colorido juega con una gama restringida, a veces con un solo tono que se multiplica en la proliferación de los diversos matices.

Pintura tonal que corre el peligro de la fórmula y de la receta de taller, pero que en este caso lo soslaya gracias a la sensibilidad del pintor y a su sentido del equilibrio y de la medida. Es necesario recalcar que Isi Cori ha llegado a estas síntesis tras una artesanía minuciosa, tras un trabajo de riguroso aprendizaje,

en el cual ha usado el color en forma opulenta puesto siempre sobre el tamiz o la trama justa del dibujo.

Ha conservado el gusto por la *pasta* barroca, por la pincelada que dibuja el volumen en amplias estrías. Sobre la tela queda una pigmentación de grumos, una orografía cromática en donde la luz queda rota, dispersándose los rayos en un polvillo iridiscente.

Nos agrada menos la reiteración y la caída en lo «fini» o apurado de ciertas obras últimas, en donde el color lejos de mostrar aquellas superficies agrestes y ásperas se alisa, se acroma, cayendo en una expresión pueril, sin fuerza y sin carácter.

Cualquier reproche pierde significación y pasa a segundo término frente a la permanente vigilancia y rectoría de un espíritu que ve—como Isi Cori—en la obra de arte y en la actividad creadora un modo de darnos una visión del universo tangible llena de fuerza, de sentimiento, de sugerencias líricas y, a la vez, de calidades plásticas.

ANTONIO R. ROMERA.